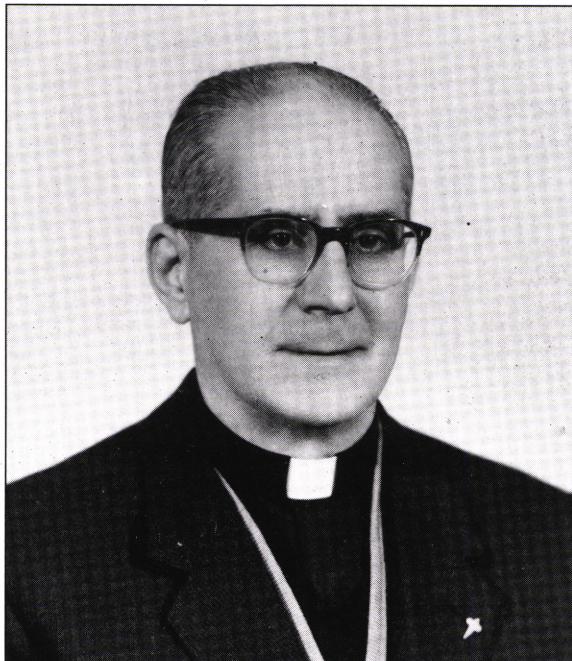


INSPECTORIA SALESIANA DE SANTIAGO EL MAYOR

Avda. de Antibióticos, 126 - 24080 LEON



D. EMILIO CORRALES GARRIDO

El domingo 13 de diciembre de 1992 dábamos sepultura a D. Emilio Corrales. Fue un adiós agradecido y emocionado a uno de los padres de la Inspectoría de Santiago el Mayor. No sólo fue su primer inspector. El la configuró, le dio forma como Inspectoría, la hizo crecer, la hizo salesianamente esplendorosa: la vio nacer y hacerse adulta. En aquella tarde de diciembre, con el invierno llamando a nuestras puertas, todos éramos conscientes de que dábamos la despedida a una gran figura de la Congregación Salesiana en la Inspectoría y en España.

La Eucaristía fue presidida por el Inspector de León y fue acompañado del Inspector de Madrid, D. Pedro López, los ex-inspectores de León: D. Aureliano Laguna y D. Alfonso Milán y un centenar de sacerdotes: diocesanos de la zona, religiosos, salesianos.

Fue un acto sencillo en el que el cariño y agradecimiento a D. Emilio se mezclaban, en el corazón de todos, con la emoción propia de los momentos solemnes, con la tensión de quien sabe que está pasando una página gloriosa de historia salesiana.

* Su enfermedad.

Al cerrarse el colegio de Villagarcía de Arosa, en 1985, D. Emilio es destinado a Cambados. La benignidad del clima y la posible atención de la comunidad, así lo aconsejan.

En mayo de 1987 fallece en Alicante su última hermana. Se siente profundamente afectado, en parte quizás, por no haber podido asistir a su funeral y entierro. A partir de ese momento comienza a tener síntomas de cierta "depresión" o "demencia senil".

Todos los años en el mes de septiembre, coincidiendo con la fiesta de la Virgen del Prado, suele ir a Talavera. Este año no se encuentra con fuerzas para viajar y decide no ir.

El 16 de diciembre a última hora de la tarde, subiendo a su habitación desde la Iglesia, donde había estado confesando a los preaspirantes, cae en la escalera. Se dio un buen golpe en la cabeza, aunque no llegó a perder el sentido. La comunidad no llega a saber si fue un resbalón o un pequeño desvanecimiento.

El 21, aunque aparentemente no está grave, él pide insistenteamente la Unción de los enfermos. El director de la comunidad se la administra.

Su demencia senil se va agudizando. A finales de enero de 1988 comienza a tener dificultades en la coordinación y movimientos de las piernas. Por deseo personal y empeño muy especial de D. Manuel Guede, médico de D. Emilio, éste asiste a la comida con la comunidad e invitados. Fue su última participación en una fiesta.

Seguramente esta etapa, hasta finales de marzo, fue la de mayor sufrimientos para él: padecía insomnios prolongados, alucinaciones ... Y era consciente de cómo avanzaban sus limitaciones.

El 21 de marzo, ante la negativa total a ingerir alimentos, el médico decide enviarle a Pontevedra, donde se le coloca una sonda nasogástrica para suministrarle tanto los medicamentos como la alimentación.

A partir de esa fecha permanecerá incapacitado y prácticamente en la cama de modo permanente. Su enfermedad pasará por alternativas muy diversas de agravamientos, con visos de definitivos, y mejorías casi repentinamente inexplicables. De hecho en días posteriores a la colocación de la sonda, D. Alfonso Milán, inspector entonces, se encontraba en Alemania con el económico con el fin de agilizar gestiones de cara a nuestras obras del Sénegal. Se llegó a prever el retorno inmediato ante la posible inminencia de la muerte de D. Emilio. En la misma circunstancia se encontró el grupo de salesianos que en aquellos días realizaban sus EE. EE en Orense. Era la Semana Santa de marzo de 1988. Esta alarma de muerte inminente se repetiría en alguna ocasión más.

En cambio, en la fiesta de María Auxiliadora de 1990, se le puede bajar en silla de ruedas al pórtico. Desde allí asiste a la procesión de María Auxiliadora, escucha los cantos y los rezos de los chicos, contempla los altares que por cursos han realizado, visita el pabellón de

deportes aquella misma mañana inaugurado y con gran lucidez y simpatía hace algunos comentarios y desea éxitos deportivos y pastorales en el uso de tan extraordinarias instalaciones.

En alguna ocasión, posterior al primer agravamiento, él mismo arrancó la sonda y pasó temporadas que se alimentaba de modo normal. Pronto había que volver a ella. En otras cuatro ocasiones hubo que llevarle urgentemente a Pontevedra.

Dadas sus dificultades respiratorias en los momentos de crisis, se logró contar en su propia habitación con la asistencia de oxígeno.

Las crisis cardíacas se repetían con más frecuencia y las fuerzas de D. Emilio cada vez eran menores. Y así llegamos al día 12 de diciembre de 1992, día en que llegó el desenlace definitivo. D. Manuel, el médico, estaba presente, pero ya no se pudo hacer nada.

Han sido cinco años en los que la crónica de la comunidad refería día a día el estado de la salud de D. Emilio y en los que de alguna manera todos han vivido centrados en su enfermedad. Detalles personales de serenidad, afecto, agradecimiento, fe, religiosidad y... hasta de picardía, habría muchos que contar; pero esos quedan en el corazón y en el recuerdo de cuantos con cariño y dedicación le han atendido.

Nuestras Constituciones describen con minuciosidad el momento de la muerte de un hermano. Con meticulosa ritualidad se cumplió todo el cometido: *"La comunidad sostiene con caridad y oración más intensas, al hermano enfermo de gravedad"*. Y la comunidad con nuestro querido médico, D. Manuel, a la cabeza, interpretando maravillosamente el sentir de toda la Inspectoría y la gratitud de la España salesiana, se ha estrechado en torno a D. Emilio para hacerle sentir el agradecimiento que se le debía y, sobre todo, el significado profundo de la muerte de un religioso consagrado. La comunidad de Cambados ha escrito una página gloriosa de historia salesiana. En el decir del médico, *"el cuidado con el que los hermanos han tratado a D. Emilio, ha arrancado cinco años de vida a la muerte"*.

Sobre la base de la consagración bautismal, el religioso por su profesión *"ofrece todo su ser a Dios"*, y a su servicio, comprometiéndose a ser fiel hasta el último momento de su vida. Para él la muerte es la prueba extrema de amor y de abandono, es la realización suprema, el "último sí", el consumatum est de Cristo en la Cruz. Y ésta ha sido la muerte de D. Emilio: Ya no quedaba nada por hacer. Todo estaba preparado. Varias veces se le administró la Unción de los Enfermos. En sus temporadas de mayor lucidez se celebraba la Eucaristía en su habitación, él se unía a la celebración en algunos momentos y recibía la comunión. El 21 de junio de 1992 recibió por última vez el Cuerpo del Señor. Se rezaba el rosario en su habitación y todas las noches las tres Avemárias. Con mucha frecuencia se emocionaba y lloraba, al oír nombrar a María Auxiliadora o al darle alguna imagen para que la besara. Su larga enfermedad ha sido el acto de abandono de hijo en la bondad y en la misericordia del Padre. Este acto de abandono lo había repetido varias veces en su largo declinar. Así lo decía a D. Alfonso en carta contestación a la felicitación de su cumpleaños en 1987: *"Los años van contando y no poco, sobre todo pensando en mis responsabilidades de tantos años a los que he tenido que hacer frente por voluntad de Dios y de los superiores. Pienso que voy acercándome a las fronteras de la eternidad y las maletas del largo viaje pesan y*

preocupan lo suyo. Confío en que nuestra buena Madre, María Auxiliadora, que siempre me ha ayudado desde mi juventud, me echará una mano o las dos, que bien lo necesito. Es un consuelo grande el contar con Ella en esta coyuntura difícil. Y el pensar que han sido miles de almas, las que por nuestra modesta colaboración aprendieron a llamarla Madre. Así pues, con esta dulce esperanza, vayamos caminando hasta que Dios, nuestro buen Padre, nos llame”.

Don Emilio, pues, no prepara su fin prescindiendo de su vida. La tiene toda bien presente y sus responsabilidades también. Pero confía su suerte definitiva a Dios y a María Auxiliadora. Sabe por quien ha trabajado y ha experimentado ya su generosidad. El trabajo está hecho y con sobrada dedicación, entrega y alegría. Sólo resta confiar en las promesas de Jesús y de Don Bosco: Vida eterna,... Paraíso... el descanso en el cielo.

* Infancia y formación salesiana.

Nace D. Emilio el 28 de noviembre de 1901 en Talavera de la Reina (Toledo), en el seno de una familia humilde. Isidoro, su padre, tiene como ocupación específica “encargado del campanario de la Iglesia Colegiata”, oficio que perdura en nuestros días. Por ello, la familia Corrales-Garrido vivirá durante un tiempo en las dependencias que en la misma colegiata están habilitadas como vivienda. Su madre, Flora, atiende las labores de la casa y aguanta las travesuras de Emilio que, por aquel entonces, no debían de ser pocas.

Era el cuarto de los nueve hermanos que llegaron a vivir simultáneamente. Al ir al noviciado había muerto ya su hermana Josefa. No nos consta que ningún pariente, anterior a él, fuera sacerdote o religioso.

Talavera es una ciudad de tradición taurina. La cerámica de sus tan famosas como cualificadas fábricas lo atestiguan sobradamente. Son motivos frecuentes los hierros de las más afamadas ganaderías y las escenas toreras se repiten por plazas, esquinas, platos y jarrones. En su centenaria plaza muere Joselito y en ella, el Sr. Isidoro, ejercía de torilero. Y se cuenta que en una ocasión, cayó entre los seis morlacos cuando ya estaban preparados para la corrida. Todo se quedó en un susto.

Es fácil, por lo tanto, descubrir de dónde le venía a Don Emilio la afición a los toros y esa pasión suya por las corridas. Muleta al hombro acompañaba a su padre “*a tiendas y capeas de los pueblos cercanos, donde con naturalidad se enfrentaba a becerros y novillos y se los pasaba con buen temple*” (José María Calvo). Si además se le veía con muleta y montera, era lógico comenzar a pensar para él un nombre de plaza. “Corralito” pareció bueno y así quedó acuñado. Y la gente comenzaba ya a verle como promesa.

Seguramente la menos conforme con estas aventuras y correrías era su madre y una pequeña cicatriz sobre la ceja de Emilito, fue la no querida consecuencia de una badila, que inoportunamente se escapó de las manos de D.^a Flora durante una reprimenda, cuando nuestro torero había pasado alguna noche fuera de casa tanteando becerros con el vestido rojo de una de sus hermanas.

Beber el vino antes de la misa siendo monaguillo de las Bernardas, escaparse alguna vez de casa, tirar piedras con otros chiquillos a la estatua del Padre Mariana “que era de bronce

y sonaba como una campana”, bañarse en el Tajo y pasar entre los hierros del Puente, eran hazañas en las que participaba Emilio, como un “birichino” de tantos. ¡Y cómo se reía cuando evocaba todo esto!

Pero por todos los campos y caminos anda Dios y con gran sorpresa, sobre todo de D.^a Flora, Emilio decide un buen día irse al seminario. Es alumno del colegio salesiano en su misma ciudad, Talavera, y allí comienza el aspirantado desde 1915 a 1918. Entre sus compañeros aparece ya Mariano Valle, que llegaba con diez añitos cumplidos directamente, como quien dice, desde su pueblo. Emilio tenía ya los trece. Y esa diferencia se nota y más a esa edad.

Se trataba de un grupito de estudiantes de latín, internos, hasta con patio independiente de los externos y con dos salesianos encargados de todo el trabajo académico y pedagógico. En aquel ambiente y con tanta diferencia de edades y posiblemente también de formación, era lógico que los alumnos mayores tomaran la lección a los más pequeños. En una ocasión “Emilio Corrales, después de preguntar ampliamente a Mariano Valle, le pone una nota muy buena en su registro personal. El salesiano de turno, queriendo comprobar la veracidad de la calificación, interroga directamente a Mariano, que sorprendentemente se queda cortado. Y D. Mariano al contarla concluye: ‘D. Emilio supo mantener frente al salesiano la nota puesta por él como justa y verdadera. ¡Era ya todo un carácter!.

El curso 1918/1919 le vemos en Campello. Es algo mayor que sus compañeros y comienza a destacar por inteligencia, seriedad, responsabilidad y por sus cualidades artísticas. Es un buen cómico y le va eso de cantar. No olvidemos que estamos en la época de las zarzuelas. Atestigua José María Calvo que más de una vez le oyó entonar “El niño Judío”. D. Basilio Bustillo asegura que era el rey de las tablas y que el papel de gitano o de señorito andaluz lo bordaba. Ampliamente nos habla también D. Mariano de las cualidades interpretativas de D. Emilio. Comienza aseverando que los de Talavera tienen mucho de andaluces y afirma que “como cómico era el mejor y en los dramas serios siempre salía de protagonista; si bien en ese campo, los papeles debían ser algo finos y no vulgares. Y las tablas le valieron a D. Emilio para defenderse e interpretar en los más variados escenarios de la vida social. Allí aprendió a hablar, a cantar, a predicar, a arengar. Del teatro aprendió para la vida”.

Y D. Mariano sigue diciendo que en las demás facetas, pues, como todos. Tenía buenas cualidades y un gran carácter. Unas asignaturas le costaban más y otras menos. Unas veces sacaba buenas notas y otras no tanto. Pero en el teatro era el Rey. Y claro, además de los estudios, tenía que aprender muchos papeles. Hoy día un buen deportista o cantante es un ídolo para los compañeros. Entonces y en ambiente salesiano, el ídolo era quien sabía trabajar en el teatro. Y en este campo, el Emilio en formación, paladeó las mieles de todos los éxitos. “Y -termina D. Mariano- le valió mucho para la vida”.

El noviciado lo hace en Carabanchel Alto con el P. Castilla como Maestro. Allí le vemos también como estudiante de filosofía, tirocinante y estudiante de teología, disciplina que completará en Turín (la Crocetta) y Salamanca, donde es ordenado sacerdote el 24 de febrero de 1929. Aquí mismo y mientras ejerce funciones de Consejero, completa su formación licenciándose en Filosofía y Letras en la universidad civil.

En su cuarto curso de teología, seguramente por fallecimiento del predecesor, es nombrado Consejero. D. Mariano pone mucho énfasis en señalar que aún no era sacerdote y además, con poca corpulencia y... en lo que entonces era el colegio de Salamanca. Y como estaba acostumbrado a hacer muchos papeles, hizo muy bien el de consejero serio y con autoridad. *"Lo hizo a su manera -muy afortunada y perfectamente orientada, por cierto-. El, físicamente era poca cosa por aquel entonces, una paja bien timbrada, derecha... pero tenía carácter y todo funcionaba a las mil maravillas. Había asistentes, casi no hacían falta. El Consejero, D. Emilio, se bastaba para que hubiera orden y disciplina"*.

* **Don Emilio, Director.**

Después de seis años de Jefe de estudios, Consejero por aquel entonces, encargado del orden y de la disciplina, responsable y garante de los buenos resultados académicos de los alumnos y del prestigio externo del colegio en la ciudad, D. Emilio es nombrado Director del Colegio de María Auxiliadora de Salamanca. Era el año 1934. Permanecerá en el cargo con sucesivas reelecciones, hasta 1946.

Comenzaban ya los tiempos de feroz anticlericalismo y apareció el D. Emilio de paisano, con bastón y sombrero y hasta con bigote durante algún verano. *"Había que evitar toda sospecha de pertenencia al estamento clerical"*. Y siguiendo con la fuente de José María Calvo, afortunado confidente durante sus años de León-Ferrovial, parece ser que fue Don Emilio *"a predicar la Primera Misa de D. Marcelino Talavera, su paisano. Estando allí Talavera cae en poder de los republicanos y D. Emilio es encarcelado por su condición de sacerdote"*. Con otros compañeros de prisión va a ser fusilado. Comienzan los asesinatos. Cuando le llega su turno, el verdugo se niega a disparar contra un paisano y pide que no le obliguen a ello. Mientras se busca al sustituto, suenan los clarines de los nacionales que entran en Talavera. Los republicanos necesitan su tiempo para escapar. D. Emilio queda libre. Ni él ni su familia han sabido nunca quien fue el paisano que le salvó la vida. Gestos de amistad y cariño posteriores apuntan indicios, pero en ningún caso seguridades.

¿Le quedó de aquel momento cierto miedo a la muerte? *"Miren -bromeaba de vez en cuando- en el cielo dicen que se está bien, pero aquí no se está del todo mal... y no tenemos prisa de ir para allá"*.

Muchos son los recuerdos de D. Mariano Valle en esta época de la guerra. La "política", la mucha vista, la mano izquierda de D. Emilio, lograron que en ningún momento se interrumpiera la actividad académica. Su simpatía y buenas relaciones, así como el gran aprecio en que le tenían todas las autoridades, religiosas, civiles y militares, lograron salvar el colegio Helmántico de las ocupaciones masivas de tropas en que se vieron envueltos el resto de los colegios de Salamanca. A María Auxiliadora atribuyen aquellos salesianos, el verse libres de tres bombardeos dirigidos directamente al colegio. En una ocasión la misma radio anunció como bombardeada la Legión Cóndor, que se hospedaba en el colegio. Muchos despachos visitó D. Emilio y mucho valió su influencia en aquellos momentos de angustia e incertidumbre.

Los testimonios de los alumnos de entonces y sobre todo de los salesianos cuya vocación surgió en aquellos tiempos, son muchos, coincidentes y elocuentes. Desde luego aquellos años dejaron huella.

Escojo entre muchos por lo revelador y completo, el comentario que de esta etapa hace D. Adolfo González, entonces alumno del colegio Helmántico y que después de haber desempeñado varios e importantes cargos de gobierno en la Inspectoría de Madrid, vuelve a su colegio de María Auxiliadora, que conserva el prestigio de siempre, hoy más abierto gracias a los tiempos y también, a la gran labor apostólica que se hace desde la parroquia. Perdonad la extensión de la cita.

Entré en el colegio Helmántico, siendo él director, y su figura me ha acompañado toda la vida. Como director del colegio era un director grave, ordenado, algo distante, y al que se le tenía muchísimo respeto. Eran los años duros del colegio de María Auxiliadora, y su funcionamiento tenía mucho de cuartelero, todo ello debido a las dos piezas claves del colegio, que eran el Consejero y el Director. Pero aquel funcionamiento serio, tenía un alma... /... De 1938 a 1946 salieron del colegio unos 19 alumnos para el aspirantado o noviciado salesiano y algunos más para otras congregaciones. ¿A qué podía deberse que pareciendo que el espíritu del colegio no era muy salesiano, quisiéramos seguir el ejemplo de nuestros educadores?. Fue mi director durante el trienio, y entonces con más cercanía y más años, podía ver las cosas más claras. Es cierto que se padecía académicamente una disciplina férrea, pero también es verdad que entre los salesianos había una unión grande, un estar todos a una, una piedad fervorosa, unas funciones religiosas devotísimas y solemnes, una asistencia salesiana sacrificadísima, y de todos, y en el patio la presencia del Director, los confesores, activa; un trato entre profesores y alumnos, cordial, amable, amistoso, unos recreos movidos, un estudiar fuerte, visitas al Santísimo fervorosas, unas Compañías activas y selectas, una relación con las familias de los alumnos amistosa y cercana, testamentino de los clérigos puntualmente semanal, como la solución del Caso para los sacerdotes; las conferencias reglamentarias y retiros y las Buenas Noches siempre dadas y preparadas exquisitamente (Le oí decir a D. Emilio que las escribía siempre). Y los clérigos nos encontrábamos tan bien, que nos costaba ir a teología y alguno prefirió hacer un año más de trienio.

En el verano de 1946 a D. Emilio le destinaron a Paseo de Extremadura, también como Director. A mí a Carabanchel para hacer la teología. Y en este suceso, me parece a mí, empezó el cambio que se notó inmediatamente en D. Emilio. Se hizo más cercano, más sonriente, más cariñoso, más asequible; en una palabra, el cambio de casa le ayudó a descubrir lo que era, dejando un poco la fachada que el directorado de Salamanca le había impuesto y del que, yo creo, quería librarse. Si a mí, clérigo, me había costado salir de Salamanca, a él sin duda mucho más. Yo iba casi todos los jueves, por diversas razones al Paseo de Extremadura, y D. Emilio me escuchaba, o nos escuchaba nuestras pequeñas peripecias de estudiantes, pero sobre todo le sabían a gloria nuestras noticias de Salamanca, menudas, de chicos y de grandes, de clases y de disciplina, de cosas pequeñas y variadas que él saboreaba y que le alegraban y mucho, aunque tuviera que aparentar que estaba por encima de todo aquello. Pienso que esperaba con gusto nuestras visitas de los jueves".

En esta misma línea van las impresiones de cuantos con él convivieron aquellos años. *"Su personalidad era atractiva -nos dice D. Ricardo Riesco-. Era un auténtico caballero. Su entrega a Dios y a las cosas del Espíritu no fueron obstáculo para que su figura señera se hiciera enormemente querida y atractiva para cuantos se acercaban a él". "Personalidad de*

una pieza", lo define Juan Antonio Barba, hoy abogado en Zamora. Y D. Blas Calejero completa: "*La faceta de hombre delicado, pulcro, atento y respetuoso con la gente ha sido siempre muy comentada, pero respondía a una realidad*". "*Con sotana o de paisano, siempre impecable, aunque no atildado*". (Juan Antonio Barba).

Cuantos le conocieron en aquellos tiempos repiten elogios y destacan rasgos comunes. D. José Sanz Bayón nos hace una especie de resumen de lo que dicen otros (como Gómez Santamaría, Alberto de Paz, D. Tomás García de la Santa.....). Enumeramos características:

* Su piedad en la celebración eucarística y ceremonias litúrgicas, la pronunciación de sus latines.

* Su gran entusiasmo en impulsar la devoción a María Auxiliadora, sobre todo en el mes de mayo.

* La competencia y profesionalidad en sus clases de latín, de filosofía, de religión.

* Las Buenas Noches de cada día, sin faltar nunca y a todos los alumnos del colegio, preparadas minuciosamente y que tanta mella hacían, siempre oportunas pues aprovechaban los aconteceres diarios.

* Las pláticas de catecismo de cada domingo que revelaban su celo apostólico y sacerdotal.

* Su cuidado y preocupación por las vocaciones para con las que siempre guardó un cariño especial y de las que siempre se sintió santamente orgulloso. También sobre este particular son muy reveladoras las observaciones que hace D. Mariano Valle: "*Había toda una estrategia para la promoción vocacional. Todo estaba muy bien distribuido. Estaba la observación del asistente, la insinuación del catequista. Luego llegaban las conferencias generales en forma, tiempo y contenido, oportunas. Luego llegaba el encuentro y la comunicación al Director. Se contaba con la colaboración de D. Manuel Caamaño, sabio confesor y de buen carácter. Su trabajo era imprescindible y eficaz. La última cuerda que había que tocar eran siempre los papás... y no siempre era fácil. Lo cierto es que a mediados de curso, siempre había un grupito de jóvenes que se preparaba para los noviciados de los jesuitas, de los carmelitas o de los salesianos... o para la universidad. Allí nada se improvisaba*".

* Su gran amor a Don Bosco, a la Congregación, a los superiores ante quienes se mostraba humildísimo y a todas luces obediente.

* El trato exquisito con los padres de los salesianos y con los padres de los alumnos a los que siempre cautivaba logrando que guardaran de él y de lo salesiano un gratísimo recuerdo. Alberto de Paz se acuerda de su Primera Comunión recibida de manos de D. Emilio, de la despedida del colegio, de los encuentros posteriores, de su último abrazo... "*Siempre me sentí maravillosamente acogido, con el mismo cariño y amistad, como si no hubiera pasado el tiempo*".

Pero el tiempo pasó y D. Emilio dejó Salamanca y se fue al colegio del Paseo de Extremadura y hubo una especie de conversión a más cercanía, a más amabilidad, a más paternidad. Ya lo ha indicado más arriba D. Adolfo González, y D. Jesús de Pablos en el Boletín Salesiano de enero añade: "*Aquel don Emilio hierático, serio, lejano, había desapare-*

cido. Y surgía otro, afable, simpático, cercano.../... Más de una vez, al subir los internos al dormitorio, vi a alguno de los más pequeños abrazar a D. Emilio, que se situaba en uno de los descansillos de la estrecha escalera, para darle las buenas noches. Y don Emilio sonreía satisfecho.../... Aquel extraño encanto que tenía entonces el colegio, hecho de alegría y familiaridad, a grandes dosis, ganaba a D. Emilio y hacía saltar, una tras otra, todas las reservas, defensas y seriedades, que se había impuesto y le había impuesto el largo ejercicio de autoridad, en Salamanca. Al hombre de gobierno le había aflorado, por fin, el corazón. Ya estaba dispuesto". Por algo se ha dicho que el verdadero colegio de D. Emilio era el del Paseo de Extremadura.

En semejantes términos se expresa José María Calvo hablando de los años de CHF de León, ya en su última época de directorado: "Yo guardo el recuerdo de D. Emilio siempre rodeado de rapazuelos pobres de bienes y de afecto. Lo abrazaban los más zoquetes y le daban palmaditas en el hombro y él se sentía feliz de que a los chiquillos se les ocurriera decir a los otros que Don Emilio era su mejor amigo íntimo".

* Don Emilio, Inspector.

En la primavera de 1948 asistió como Delegado de la Inspectoría Céltica al XVI Capítulo General de la Congregación Salesiana. Acompañaba al entonces Inspector Don Modesto Bellido. Unos meses después de finalizado el Capítulo, Don Modesto es elegido directamente por D. Ricaldone como Consejero General para las Misiones. Don Emilio Corrales es elegido Inspector. El mismo D. Modesto nos da este testimonio: "Al marchar yo a Turín, quedó como Inspector de la gran Inspectoría Céltica. Durante su mandato el desarrollo fue prodigioso.

Dato interesante: durante una enfermedad y hallándose postrado en cama, se abrieron tres nuevas casas. Los superiores de Turín seguían con admiración los progresos extraordinarios de la Inspectoría en todo sentido. Y el motor principal era D. Emilio".

En estos sus seis primeros años de Inspector, si mis fuentes no me fallan, se abrieron siete casas: San Fernando, Santo Domingo Savio, Ferroviarios de Madrid, Puertollano, Guadalajara, San Roque en Vigo, La Universidad Laboral de Zamora.

No cabe duda que eran otros tiempos con posibilidades y dificultades muy diferentes a las de hoy. Y Don Emilio supo vivir en su tiempo.

Había terminado una guerra, se pasaba necesidad en España, las familias eran numerosas, había un cierto proteccionismo y defensa mutua entre la Iglesia y el Estado y... había muchas vocaciones a las que había que dar trabajo abriendo campos de misión. Tampoco había mucho dinero, más bien los recursos eran escasos. El ambiente político y social primaba ciertos mecenazgos para la cultura y la enseñanza. Don Emilio encontró una solución, un camino, aceptando casas, colegios de entidades públicas o empresas privadas que eran maravillosas plataformas para desarrollar la misión salesiana, sobre todo por el tipo de destinatarios con los que nos ponía en contacto.

Y la Congregación ha escrito páginas de historia gloriosa y hasta heroica en varias de esas "casas de colaboración" por su entrega al humilde, al auténtico pobre. La razón, la religión, el amor han hecho milagros allí donde la debilidad humana, el vicio o la pasión había hecho estragos.

Se multiplicaron los convenios con Diputaciones, Auxilio Social, Mutualidades Laborales, con empresas paraestatales, Patronatos, Cajas de Ahorros, con empresas privadas...

El trabajo en estas casas, debido al contacto con otras personas y a sus modos de hacer, abrió horizontes, exigió profesionalidad y rigor en las gestiones y proporcionó dinero y medios para mejorar las pocas casas propias que se tenían y para crear otras nuevas.

En 1954 se constituye la Inspectoría de Santiago el Mayor con sede en Zamora. Se segregó de la, hasta este momento inspectoría Céltica, el Noroeste de España. Y D. Emilio es nombrado Inspector. Su experiencia de seis años le avalan como emprendedor. Y tampoco esta vez defraudó.

Realmente asumió la Inspectoría de Santiago el Mayor en precarias condiciones de obras y de personas y trabajó denodadamente por su desarrollo, que fue espectacular. Inició las obras de Asturias (cuatro casas). Concertó con organismos gubernamentales e instituciones sociales las numerosas obras de colaboración (pasaron de 2 a 12). Como ya hemos dicho, las circunstancias lo exigían y los tiempos eran propicios. En sus doce años de inspector la Inspectoría pasó de 9 casas a 19 y de 124 hermanos a 397 y además, aquel año, en el noviciado se preparaban 65 novicios. Fue una etapa realmente fecunda.

Mención especial requiere el esfuerzo realizado por D. Emilio y colaboradores para dotar a la incipiente Inspectoría de Zamora de estructuras de formación. La abundancia de vocaciones urgía la desmasificación y la separación.

Astudillo y Allariz, acogían los primeros cursos de aspirantado. Se prepara Cambados para los últimos años de latín. En el empeño se invierten los pocos recursos existentes, pero se derrocha ilusión, cariño, fe.

De modo provisional se prepara Astudillo para noviciado. Y como tal comienza a funcionar en 1957 con 76 novicios.

¿Y la filosofía?. Se cuenta ya con los terrenos de Armunia, pero no hay dinero para construir los edificios. Aparece el Balneario de las Salinas (Medina del Campo), fácilmente convertible en estudiantado filosófico. Y se sacrifica lo que hay: la finca de la Fontana.

Se busca también un aspirantado para coadjutores. La nueva casa de Herrera de Pisuerga, puede prestar este servicio.

Queda la teología. La necesidad de personal cualificado aconsejan la colaboración en estructuras interinspectoriales. Y las Inspectorías de Madrid, Bilbao y Zamora van juntas a Salamanca.

Poco a poco y con gran esfuerzo, se han resuelto los problemas y se han conquistado las metas exigibles. Y aunque sea brevemente, es obligado hacer mención de dos hombres en los que D. Emilio encontró incondicional apoyo para todos sus proyectos: vocacionales, formativos, económicos: Don Joaquín González y D. Rosendo González.

Con una sencilla encuadernación se conservan las 60 circulares que dirigió a esta inspectoría en sus doce años. Se trata de una buena media: cinco por año. Supongo que las cartas escritas a mano a diversos hermanos serían innumerables.

Hojeando estas circulares es fácil saber qué preocupaba a D. Emilio. Todos los temas pasaban por su pluma. Cualquier detalle de la vida ordinaria tiene reflejo en alguna de sus reflexiones. Sin embargo, hay temas que se repiten constantemente. Señalamos algunos.

* **La vida religiosa, espiritual, “como verdadera base de la vida salesiana”.** “*A medida que van pasando los años y voy reflexionando sobre mí mismo, y por deber de mi cargo, voy considerando la vida de los Hermanos, me doy más perfecta cuenta de la necesidad que tenemos de penetrar siempre nuestra vida, nuestras cosas y trabajos, nuestras inquietudes y proyectos, de un profundo sentido de espiritualidad; de manera que sea la fe, la esperanza y la caridad, los fundamentos sobrenaturales de nuestra vida religiosa y la verdadera base de nuestro apostolado salesiano*”. (Cir. n.º 1). “*De siempre nos han dicho, y hemos visto con nuestros propios ojos que el salesiano piadoso hace milagros, como suele decirse, edificando a sus hermanos con su espíritu de sacrificio, de obediencia, de humildad, de trabajo y de templanza; y el salesiano que no reza, que no es piadoso, lleva una vida lánguida, mundana, desidiosa, que le hace aparecer, ante el mundo como una paradoja, y en la casa de Dios, como un hueso descoyuntado y fuera de sitio*”. (Cir. 5). “*Quisiera hablar de nuevo con los buenísimos Directores para decirles: atendamos, sobre todo y ante todo, a nuestros Hermanos los salesianos. Antes que ellos y la atención a sus necesidades espirituales y materiales, no debe haber nada para nosotros: ni clases, ni visitas, ni relaciones sociales, ni preocupaciones materiales de la casa. La santidad y la vida espiritual de nuestros hermanos debe ser alentada y sostenida por los Directores...*”

Y en esta misma línea van sus recomendaciones anuales antes de la celebración de los Ejercicios Espirituales, el Ejercicio de la Buena Muerte, la animación a la piedad eucarística, a la devoción a María Auxiliadora, a la recepción del sacramento de la penitencia bien preparado...

* **El amor a la Congregación** trabajando siempre por *su prestigio y buen nombre*. En la misma perspectiva habla cuando comenta los aguinaldos del Rector Mayor o cuando da cuenta de los viajes, visitas o propuestas de los Consejeros Generales, o cuando se refiere a la *veneración* y obediencia que se les debe. Nos dice D. Modesto: “*En años muy difíciles, después de la guerra, debido a la gran escasez de personal, tuve que pedirle favores muy costosos que siempre aceptó sin dificultad*” y Don Ignacio Diez, colaborador suyo durante muchos años: “*Amaba enamoradamente a la Congregación y para los superiores mayores tenía una sumisión y un cariño de verdadero hijo*”. Y en la misma línea comenta D. Ricardo Riesco: “*Nos infundió de palabra y con el ejemplo el amor a la Congregación y una idea maravillosa de ella. Hablaba de Don Bosco con sincero amor filial y era enorme el impacto que hacía en los alumnos, cuando con motivo de la vista de algunos superiores del Consejo General: D. Berrutti, D. Giraudi... organizaba un recibimiento apoteósico y se desposeía a sí mismo de su tradicional autoridad para saludar cordialmente como hijo devotísimo*”.

* **La devoción a María Auxiliadora.** Escribe sobre el año mariano, sobre la importancia de la fiesta de la Inmaculada, sobre el modo de organizar la fiesta de María Auxiliadora y la procesión, sobre el impacto educativo que la devoción a la Virgen ejerce sobre los corazones infantiles. A Ella encomienda sus empresas y a Ella atribuye y agradece sus

logros. A María la honra también iy con qué cariño! como a Nuestra Señora del Prado, procurando asistir a su fiesta en la Reina de las Ermitas en su Talavera natal.

* **La preocupación apostólica por los jóvenes.** Habla del Sistema Preventivo, ranima a la asistencia, llama la atención a principio de curso sobre los puntos claves y sobre los más pequeños detalles que se deben tener en cuenta al confeccionar los horarios generales: las prácticas de piedad bien colocadas, los retiros, las clases de religión, los ejercicios espirituales para los alumnos, el cuidado de la instrucción religiosa, los certámenes catequísticos en las distintas fases y niveles... Tiene muy claro que la educación de los jóvenes es nuestra razón de ser y por ello hay que cuidar todos los detalles para que el ambiente sea bueno, los espectáculos ("el teatro mejor que el cine"), las vacaciones, los deportes... Todo debe ser minuciosamente planificado por una mente educadora y un corazón apostólico.

* **La preocupación por la formación de los salesianos.** Todos los años publica no sólo las normas para el buen desarrollo de los Ejercicios Espirituales, sino también las precisas para la buena marcha de los quinquenios, que son obligatorios. Año tras año se cuida de los estudios veraniegos de los clérigos, que hay que procurar que sean oficiales; anuncia varias veces las posibilidades existentes para la obtención de los diplomas de Auxiliares de Letras y Ciencias; comienza a hablar de las salas de lectura de los salesianos y de que tengan revistas que sin duda deben leerse; de las bibliotecas bien cuidadas... Quiere a sus salesianos verdaderamente competentes, como religiosos y como profesionales de la educación.

* **La familia salesiana.** Dedica su séptima circular toda entera a los cooperadores y con frecuencia da noticias sobre Antiguos Alumnos, sobre sus congresos y peregrinaciones... Nombra a D. Ignacio Diez delegado para la Familia Salesiana y... todo esto antes del Capítulo General XIX.

* **Las vocaciones.** Podemos decir que éste es su tema estrella. De ellas habla en su primera circular y en la última y prácticamente también en todas las del medio. "*Piedra de toque de nuestro amor a la Congregación*" considera el trabajo de la promoción vocacional, del que no exime a nadie, ni a Directores, ni a catequistas, ni a asistentes. Es tarea de cada hermano. Todos los años publica las estadísticas vocacionales, organiza jornadas, cursillos, congresillos... Habla de las Compañías como método de promoción vocacional. En sus circulares pide a los Directores que le envíen con tiempo las listas de los muchachos que salen hacia el noviciado o hacia el aspirantado. Uno queda profundamente impresionado al ver tanto interés y tanta respuesta. Esto no se conoce en la Inspectoría. Y el cuidado de las vocaciones fue su última recomendación: "*Nuestra herencia sagrada y el centro de convergencia de nuestros amores, ilusiones, proyectos y esperanzas han sido y han de ser siempre las vocaciones. El promoverlas, el cuidarlas, el formarlas, el defenderlas y conservarlas por todos los medios y de todos los modos posibles ha de constituir para todos y para cada uno de los salesianos de la inspectoría una verdadera y santa obsesión... Este es mi recuerdo, mi consigna y mi última recomendación fraterna*".

* Sus últimos años.

Terminados sus 18 años de Inspector, vuelve de nuevo, como Director, a su Colegio de Paseo de Extremadura y como la vez anterior, no termina su trienio. Es reclamado desde la Inspectoría de Santiago el Mayor. Y allí se va como Director del Colegio de Huérzano de Ferroviarios de León. Todavía permanecen en los cargos de Dirección del Consejo de Administración, varios de los que firmaron los convenios de apertura del colegio. Así se renuevan e intensifican antiguas amistades.

Por último pasa a ser Director de la residencia que ésta Inspectoría tiene en Madrid para sus estudiantes. Allí ejerce su papel de formador, animador, moderador de cuantos van a terminar su licencia en alguna de las disciplinas eclesiásticas. Su serenidad, su sentido optimista de la vida, su saber decir y hacer, su exquisita acogida, marcan un estilo en la primera época de esta casa.

Pero los años pasan para todos y a sus 75 D. Emilio deja definitivamente su ministerio de gobierno y es destinado a Villagarcía de Arosa como profesor y confesor. La bondad del clima (de todos es conocido el miedo que D. Emilio tenía al frío), la presencia de hermanas salesianas en la cocina, cariñosas, atentas y siempre delicadas en el servicio y la serenidad sedante de la ría en sus amplios y exuberantes paisajes y en sus dorados y majestuosos atardeceres, así lo aconsejaron.

Y allí le vemos como profesor de religión y rodeado de aquellos mozalbete que le quieren y gustan de escucharlo. Y entre ellos sigue ejerciendo, con auténtico celo sacerdotal, su misión de confesor que anima, estimula, ilusiona, pues hasta los últimos días conservó el optimismo de la vida y cierto talante abierto y simpatía hacia todo lo juvenil.

El 24 de febrero de 1979 celebra sus Bodas de Oro sacerdotales. Predicaba D. José Antonio Rico, Consejero General para la Región Ibérica y Antiguo Alumno suyo en Salamanca. Pero la verdadera predicación fue la persona misma de D. Emilio: su unción, su dignidad, la misma exactitud litúrgica que en sus años jóvenes, la misma delicadeza y caballerosidad en la acción de gracias. Para él fue un día gratificante, pues se vio rodeado en el altar por muchas de "sus" antiguas vocaciones.

También en Talavera celebró sus Bodas de Oro sacerdotales. Fue una ceremonia meticulosamente preparada por él y por D. Augusto Resino, también sacerdote talaverano, amigo incondicional y Antiguo Alumno e hijo de un gran Antiguo Alumno. La Rondalla de Astudillo dio ambiente salesiano a la fiesta.

Por desgracia su salud no le permitió celebrar las Bodas de Diamante. Su postración era ya prácticamente absoluta.

* Otros rasgos de su personalidad.

Se distinguió como *hombre de gobierno, de doctrina y como buen predicador*. Cada una de estas afirmaciones requiere una buena glosa, que no demostración, pero sin duda me disculparéis si no la hago en este momento. Sus alocuciones en público eran magistrales; sus sermones preparados con primor. Nos dice Juan Antonio Barba: 'No tenía fallos. O tenía

unas condiciones excepcionales -y buena disposición había de tener necesariamente- o se preparaba concienzudamente. Y lo que hacía resultaba ciertamente impecable, exacto, admirable”.

Por lo visto en Italia se le conocía como el tribuno por sus intervenciones en los Capítulos Generales; intervenciones que alternaba en italiano y en castellano.

Hablando de D. Emilio en 1972, D. Luis Ricceri, entonces Rector Mayor de la Congregación Salesiana, señalaba en él tres características:

- *“Un gran constructor”*. No de cemento o edificaciones, sino sobre todo de almas, de salesianos, de corazones a lo D. Bosco.

Efectivamente, como hemos visto, fue incansable su afán en la promoción vocacional y no ahorró sacrificios de ningún tipo para ofrecerles posteriormente una sólida formación.

- *“Don Emilio fue un trabajador incansable”*. Sus casi 50 años en importantísimos cargos de gobierno lo confirman. Con 75 terminó su último servicio como Director en nuestra residencia de Madrid.

Capacidad de trabajo, serenidad para afrontar los problemas, delicadeza y elegancia en el trato, visión de futuro en las empresas que emprendía, preocupación social (8 escuelas de Formación Profesional abrió como inspector de León), fiel en la amistad, profundo y esperanzado creyente, optimista... son algunas de las características que le permitieron moverse con tranquilidad y acierto en los años difíciles de nuestra posguerra. Y dada su conocida afición, pasión, por los toros, en lenguaje taurino podríamos decir, que sus enormes dotes humanas, su saber hacer de gran señor y de cumplido caballero, le permitieron lidiar y rematar con un majestuoso y escultórico pase de pecho cuantas empresas emprendió por el Reino de Dios. Lo que seguramente no hubo nunca en sus faenas fue un desplante.

- *D. Emilio* -señala por último D. Ricceri- *posee también la paternidad salesiana”*. Amable y siempre sereno, tiene esa amplia comprensión que sólo otorga la experiencia de una dilatada autoridad y el profundo conocimiento que dan los años de las personas y de las cosas. *“Hoy despedimos a un padre afable, a un hermano cariñoso a un hombre que entendía de corazones porque el suyo ha sido enorme y generoso hasta el último momento”* (Homilía del funeral).

El Rector Mayor en su carta, publicada en las Actas del CG n.º 342, una vez más, nos recuerda y delimita **nuestra opción de campo** en el trabajo por el Reino: **la educación**. Y D. Emilio en 1948 era nombrado Consejero Nacional de educación. Y el 21 de mayo de 1972 recibía la Encomienda civil de Alfonso X el Sabio, por sus servicios a la educación. Nos dice D. Ricardo Riesco: *“Don Emilio era un personalidad muy estimada por todos los profesionales de la enseñanza pública que lo tenían por amigo”*. Ya en 1960 da cuenta de un congreso organizado por la FERE cuyas conclusiones son “interesantísimas y os las haré llegar para bien de nuestra educación”.

Dice de él D. Tomás García de la Santa, catedrático que fue de Latín en Valladolid: *“Soy testigo de su competencia profesional y todos los somos de su vida ejemplar, cualidades*

ambas que le configuran en la categoría de maestro auténtico". De educador decimos hoy. Porque como dice nuestro Luis Vives: "Una ciencia que no corresponde a la vida es perjudicial y deforme". D. Emilio a su competencia unió su testimonio.

D. José Antonio Rico, lo califica de *educador siempre amado y recordado*. Y nunca le faltó esa corona de insignes e incondicionales antiguos alumnos a los que, en el decir de uno de ellos: "*con su entrega, cariño y sacrificio, enseñó desconocidas singladuras de firme trazado y blancas estelas*".

Séneca nos recordará que no está en las muchas canas y en las muchas arrugas el haber vivido mucho. Eso es simplemente haber durado mucho. No es este el caso de D. Emilio, porque él sí ha vivido mucho, bebiendo a boca llena de la salesiana fuente de la inmortalidad: trabajar mucho, no cansarse nunca, estar alegre y no perder jamás el ansia de crear.

Naturalmente que en la vida de D. Emilio habría sombras. Tenía sus limitaciones y su manera de ser como la tenemos todos.

Dicen que *tardaba* mucho en dar las "obediencias". ¿Era dubitativo y hasta a veces irresoluto? ¿Era prudente o tenía demasiado miedo al riesgo y a la equivocación?

¿Era oficialista? Era hijo de su tiempo y "cuidaba el cargo". Se ha dicho también que el pueblo que no respeta las instituciones y a sus representantes, no es digno de subsistir. D. Emilio hacía valer su cargo; ejercía su rol.

En el trato con los hermanos siempre fue delicado, respetuoso, que no débil. Muy prudente en guardar todo secreto jamás comentaba fallos de los hermanos; disculpaba siempre. Odiaba las medidas duras por no herir al hermano. "*Alguna vez -dice José María Calvo- entre bromas, intentábamos tirarle de la lengua sobre ciertas personas que se le habían opuesto en sus largos años de gobierno. Incluso en los casos más claros de injusticia en contra de él, nunca tuvimos una palabra de crítica amarga: 'Mire usted,... D. Fulano, aunque sea un poquito trámoso, pero ha sido siempre un gran salesiano, dispuesto a partirse la cara con quien sea por la Congregación'*".

Y Don Ignacio añade: "*Defendió contra viento y espada a un hermano que había cometido una falta y que había transcendido fuera de los muros del colegio y en gran medida; y ante los ruegos de los hermanos de la casa para que se le cambiase, no lo consideró oportuno y lo dejó en la misma comunidad, para defender el nombre de este hermano*".

Muchas cosas y mejor dichas se pueden proclamar de D. Emilio. Me haría largo, os cansaría y estoy seguro que tampoco sería de su agrado. No queremos cantar las grandes humanas del hombre. Su larga vida, su inteligencia intuitiva, su profundidad religiosa le enseñó a situar todo en su sitio: fue inquieto y travieso cuando tenía que serlo; elegante, limpio, impecable y hasta algo presumido en su momento; caballero siempre; religioso convencido; sacerdote celoso; predicador elocuente; escritor asiduo y convincente; educador competente, cercano, respetuoso y muy preocupado por sus alumnos; superior inteligente, paterno y esperanzado; propagador celoso e incansable de la devoción a María Auxiliadora; hijo amante de la congregación a la que engrandeció promoviendo numerosas vocaciones; y, con todo eso y con la sabiduría que dan los años, aprendió a confiar sólo en el amor y en la misericordia

dia de Dios; El es el único que salva, el único que resucita... Esta era la fe y la esperanza de D. Emilio. Y este es nuestro consuelo: el de su familia, y el de la comunidad salesiana (Homilia del funeral).

Y casi ya para terminar, permitidme que recuerde la despedida que, como inspector, nos dirigía en su última circular en el año 1966: *"Comprenderéis mis buenos hermanos, que nunca podré olvidaros. Me despido cariñosamente de todos, uno a uno, los que constituimos la gran familia de la inspectoría, en sus diversos sectores. Me voy tranquilo, porque siempre y en todo busqué vuestro bien general y particular. Dios es testigo de ello. Os pido benevolencia y perdón de cualquier cosa, con la que involuntariamente os haya podido molestar. Os abrazo a todos en el corazón de D. Bosco, pidiéndole que desde el cielo nos envíe su bendición y su sonrisa y la de nuestra Madre Auxiliadora. SOLO A DIOS NUESTRO SEÑOR EL HONOR Y LA GLORIA".*

Ha supuesto para mí una alegría el ofreceros esta semblanza de D. Emilio Corrales. Han venido a mi memoria recuerdos, vivencias y detalles de exquisita finura para algún miembro de mi familia, que no me he atrevido a señalar, pero sobre todo ha crecido mi cariño y admiración por la persona de D. Emilio.

¿De dónde le venía a él ese optimismo salesiano, ese sentido positivo de la vida, ese ver el lado bueno de las cosas y de las personas, que se ponía de manifiesto en sus últimos años, cuando la moda comenzaba a ser precisamente lo contrario?. Sin duda de su profunda espiritualidad, de su Eucaristía diaria, de su confianza en María Auxiliadora, de su amor a la Congregación.

Una vez más doy las gracias a la comunidad de Cambados y a quienes más directamente le atendieron en sus últimos años. Que Dios se lo pague y D. Emilio con su intercesión, se lo agradezca desde el cielo.

Encomiendo a vuestras oraciones esta Inspectoría de Santiago el Mayor. Abramos el corazón al compromiso y a la esperanza, siendo realmente misioneros entre los jóvenes y trabajemos en la promoción de las vocaciones.

Afmo en el Señor y en Don Bosco

Filiberto Rodríguez
Inspector.

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sacerdote EMILIO CORRALES GARRIDO. Nació en Talavera de la Reina (Toledo) el 28 de noviembre de 1901. Murió en Cambados (Pontevedra) el 12 de diciembre de 1992, a los 91 años de edad, 72 de profesión religiosa y 63 de sacerdocio. Fue durante 24 años director y durante 18 inspector.